

Reseña de Historia Literaria de Costa Rica

Por NAPOLEON QUESADA y ROGELIO SOTELA

= Envío de los autores. San José, Costa Rica. Enero de 1937 =

Unidos a España por los lazos de la lengua, de la sangre y del espíritu, hay que reconocer que los cultivadores de las letras en la América Hispana no han hecho más que prolongar, con nuevos motivos y asuntos, la literatura de la península, con las ineludibles influencias de otras, principalmente de la francesa. Mas ésta ha influido también, en diversas épocas, de modo ostensible, sobre la peninsular, por lo que pudo decir don Juan Valera que los hispanoamericanos, al imitar a los autores franceses, no hacían más que seguir, con ello, a los españoles.

La literatura costarricense es así, prolongación de la castellana en este pedazo de América. Lo que puede infundirle carácter original es que tome asuntos nacionales, con el ambiente propio, con el espectáculo de nuestra naturaleza, con las escenas de la vida auténtica de este medio. Tal es lo que da independencia y soberana fuerza a algunas creaciones sudamericanas, como *Tabaré*, *La Vorágine*, *Doña Bárbara*, que pintan el magnífico escenario de selvas y pampas y la vida poderosa, trágica a veces, que en ellas se manifiesta y desenvuelve.

También en la Historia y la Tradición pueden hallarse motivos para la composición literaria original, como en las copiosas series de *Tradiciones Peruanas* de Ricardo Palma.

En Costa Rica varios escritores sostienen una sincera producción regional, tomando para sus composiciones asuntos propios de esta tierra: sus paisajes, las costumbres de sus pobladores, los episodios de su Historia; pero lo que se ha hecho es poco: puede asegurarse que apenas se ha tocado este venero de inspiración y arte.

Los comienzos de las letras costarricenses corresponden a los últimos años de la colonia y a los primeros de la vida autónoma.

Pueden citarse unos cuantos nombres de varones que, con afán de difundir cultura o afianzar nuestra naciente libertad, escribieron sobre temas políticos, sociales e históricos. Fueron los fundadores de la patria y de su condición propicia para un ulterior mejoramiento: fueron acaso precursores literarios.

De la plena época colonial no queda ninguna página que pueda, con razón, llamarse literaria. Lo que aquí se escribió en aquel tiempo tiene, casi en su totalidad, carácter de desgarrada correspondencia administrativa.

Por cierto mérito descriptivo, cabría citarse, acaso, el extenso informe del gobernador don Diego de la Haya y Fernández acerca de la erupción del Irazú y de sus estragos en 1723.

Mencionaremos los nombres de los principales propagadores de ciencias y letras en los albores de nuestra nacionalidad, ansiosos de levantar el nivel intelectual y moral de sus conciudadanos: Fray Antonio de Liendo y Goicoechea (1735-1814); el Presbítero Florencio del Castillo (m. 1834); Víctor de la Guardia (n. 1772); el Bachiller Rafael Francisco de Osejo (m. hacia 1850); José Francisco Peralta (1788-1844); Joaquín Bernardo Calvo (1799-1865); el doctor José María Castro (n. 1818); Julián Volio (n. 1827); el doctor Jesús Jiménez (n. 1823); Francisco María Yglesias, quien

publicó varios folletos históricos con ameno estilo y espíritu justiciero y cívico; el Doctor Salvador Jiménez y el licenciado Rafael Orozco, escritores de Ciencia Jurídica; León Fernández, quien a su magnífica labor como historiógrafo juntó la de periodista que

ejerció brillantemente, con ingenio lleno de agudeza y causticidad; Mauro Fernández, eximio orador que en su obra de reorganizador de la enseñanza nacional fué un innovador; a él se debe la implantación y el triunfo de la enseñanza laica y la efectividad del precepto constitucional relativo a la enseñanza gratuita y obligatoria en Costa Rica; Manuel María Peralta, quien prestó inminentes servicios a la nación con sus admirables trabajos de investigación histórica y como Ministro en París.

Los verdaderos cultivadores de la literatura patria comienzan su producción ya demediado el siglo XIX. Sobre ellos es lógica la influencia de los poetas y escritores españoles, como la han tenido sobre los de otras secciones de la América Latina.

Manuel Argüello Mora (1834-1902) fué quizás el primer costarricense que cultivó las letras con finalidad estética exclusiva. Inició la novela en nuestra patria con una serie de narraciones, algunas de las cuales toman como base la historia o la tradición: *Elisa Delmar*, *La Trinchera*, etc. Y una serie de cuentos-regionales con el título de *Costa Rica Pintoresca*.

Narrador de asuntos nacionales fué también Manuel de Jesús Jiménez (n. 1854), digno de encomio por su saber en asuntos políticos y su patriotismo acrisolado. Orador elegante y fluido, su palabra suave y persuasiva no fulguraba en ardientes arrebatos de pasión: era más bien el correr sereno de un río majestuoso. Sus cuadros de costumbres del tiempo viejo son bellas resurrecciones, deleitoso recreo del espíritu.

Su hermano Ricardo (n. 1859), presidente de la República en tres períodos, es elegante escritor sin propósito de serlo: como al acaso, en lo que va redactando brotan de su pluma las imágenes, las citas oportunas, de sus vastas lecturas; y esto es precisamente, lo que constituye el mayor encanto de sus escritos, la espontaneidad, la ausencia de todo designio efectista. Salvo su bella página *Una Patinadora le Washington*, no conocemos de él producción puramente literaria; pero son bellos sus escritos jurídicos y sus numerosos reportes en que frecuentemente despliega peregrina gracia y punzante ironía para contestar a los censores de sus actos administrativos.

Como costumbrista quizá sólo Teodoro Quirós pudiera rivalizar aquí con Magón, seudónimo de Manuel González Zeledón, (1864-1936). Tiene pasmoso poder para regocijarnos con sus recuerdos del San José de hace sesenta años o con las viejas escenas caseras o con sus cuentos de picaresca intención. Sus principales artículos figuran en la colección titulada: *La propia*. Menos feliz fué en la poesía versificada.

Si el escribir gracias y donaires es de grandes ingenios, Teodoro Quirós (Yoyo), lo fué en grado eminente. Escritor chispeante, tal vez exageraba y desfiguraba personas y cosas para presentarlas de modo que provocaran la risa alegre; así como una buena caricatura alcanza indudable valor artístico, artículos de sostenido gracejo, como los de Yoyo, son de positivo mérito y realizan la piadosa obra de borrar, siquiera a ratos, toda sombra de nuestro espíritu. Fué un excelente

Cartas alusivas

San José, Costa Rica, enero 14 de 1937.

Mi estimado don Joaquín:

Hace unos meses publicó La Tribuna las bases de un Certamen que promovía la Academy of Culture de San Francisco de California. Se trataba de presentar una monografía, o ensayo de Historia Literaria de Costa Rica. Don Napoleón Quesada y yo acudimos al certamen. Y un día, después de pedir mucho se sirvieran comunicarnos el resultado, vinieron a decirnos lo que verá usted en la nota que le acompaño: que nosotros somos autores de fama, conocidos de sobra, y que se trataba de un Certamen para gente nueva.

¡Habetlo dicho! —les respondimos. Pero lo cierto es que ha quedado hecho el trabajo y resulta a propósito para que lo conozcan los innumerables amigos de Repertorio Americano!

Le mando el original, para que lo tantee, pues acaso resulte extenso. Usted dirá si tiene proporciones publicables y si merece acogerse en su prestigioso semanario.

Lo saluda con toda simpatía su compañero y amigo,

Rogelio Sotela

Le quiero hacer notar, mi querido don Joaquín, que el trabajo exigido por los señores de la Academia no debía pasar de cinco mil palabras. Así se explica la limitación con que ha sido necesario tratar a nuestros escritores. En sus manos queda todo.

Sotela

San Francisco, Calif., 23 de Octubre de 1936.

Sr. don Rogelio Sotela.

San José, Costa Rica.

Abogado.

Pasaje Dent, en las Arcadas

Distinguido señor Sotela:

En contestación a su apreciada carta (sin fecha) en que nos pide informes acerca de nuestro Certamen literario, sentimos decirle que con 21 de setiembre u. p. le devolvimos su óptimo ensayo por no corresponder a las bases del concurso pues es Ud. ya un escritor de reconocida fama en su país.

De esa República de Costa Rica ningún ensayo toma parte al Certamen—pero esperamos de tener más suerte el próximo año.

Sin más, quedamos de Ud. sus attos. y SS. AA.,

The Pan American
Academy of Culture